

las otras peninsulares), Piferrer, Carbó, Semís, Milá y Fontanals y Coll y Vehí, para no fijarnos más que en los muertos.

Á Aribau pudiera llamársele «*el hombre de una sola oda*;» así como llamaron los ingleses á Hamilton, el del único discurso, «*single speech's Hamilton*.» Pero esta oda es de las que no se olvidan: es el *A Deu sian, turons*, que resucitó una lengua y una poesía que el mundo juzgaba muertas. Hizo Aribau buen número de versos castellanos: los *Ensayos*, que publicó en 1817, valen poco. Más adelante insertó en *El Europeo* dos odas *leontinas*<sup>1</sup> bastante agradables, especialmente la que comienza:

« ¡ Ay, que se va apagando  
La llama santa que otro tiempo ardía.... »

Sigue la misma escuela en la oda á la consagración del obispo Torres Amat y en otras inéditas.

Cabanyes tuvo algunos imitadores, especialmente su amigo Roca y Cornet (uno de los colaboradores de Balmes), el cual, más tarde, abandonó de todo punto las bellas letras para dedicarse á compilaciones y trabajos de librería,

<sup>1</sup> Así llamaba Milá y Fontanals á las odas compuestas á imitación de Fr. Luis de León, derivando este nombre del genitivo griego, para evitar que el título de *leontinas* introdujese alguna confusión entre este género de odas y los versos *leontinos* de la Edad Media.

de los que dan efímera y poco sólida fama. Entre las escasas poesías suyas que conocemos, se distingue su oda horaciana *Á la Ascensión*, que el autor de los *Preludios* calificó, con alguna indulgencia, de *lindísima*, y que puede pasar por elegante imitación de su propio himno *Á la Misa Nueva*. Torres Amat la inserta en su *Diccionario*<sup>1</sup>.

Carbó fué en su género (el leyendario-narrativo) un poeta tan excelente y tan olvidado como Cabanyes. Pero sus ensayos líricos tienen escasa importancia al lado de sus cuatro magistrales baladas, de las cuales dijo Milá, con su habitual concisión, «que valían por muchas.» Realmente pueden contarse entre los mejores frutos del romanticismo *histórico* español.

La gran figura literaria de Milá no es de las que pueden reducirse á breves términos, y por eso omito aquí toda apreciación general acerca de su mérito, reservándola para un libro donde he de exponer largamente su vida de crítico, de investigador y de profesor, austera y laboriosa cual otra ninguna de nuestros días. Si algún conocimiento hay entre nosotros de los adelantos de la filología moderna aplicada al estudio de las literaturas de la Edad Media, á él

<sup>1</sup> El ignorado traductor del *Ivanhoe* (¿quizá López Soler?), en la edición de Bergnes, puso de su cosecha una oda *horaciana* que principia:

«Tiro la turca flecha,  
Suelto el carcaj y el arco florentino....»

debe referirse toda la gloria, sin menoscabo de la que por otros conceptos toca á Amador de los Ríos, que había penetrado en el mismo campo con criterio y método distintos del que emplean en Alemania los discípulos de Díez y en Francia los de P. París. De esta última escuela, Milá fué el único adepto, el único á quien no repugnaron las espinas del procedimiento analítico ni la sobria severidad á que debe atemperarse (dudando y observando mucho más que afirmando) quien entienda que la historia es ciencia experimental, y que no se penetra con segura luz en el alma de otras edades por vagas consideraciones sintéticas, sino por el estudio lento, laborioso y tenaz de los más escondidos pormenores, así sociales como lingüísticos y literarios.

Este ilustre varón, dado á tan graves estudios, y que de un modo tan admirable supo aunar el respeto á las leyes generales del arte y el cultivo de la metafísica de lo bello con una erudición literaria, no de ostentación y aparato, sino de propios, nuevos y bien enlazados descubrimientos, no sólo tuvo con la poesía las relaciones de quien la siente del modo más íntimo, ya en sus formas más rústicas y primitivas, ya en las más cultas y refinadas, sino también las de quien espontáneamente y con sinceridad la crea y produce. He conocido pocos espíritus más verdadera

y candorosamente poéticos, en medio de su profundísimo saber y del respeto no menos profundo que tuvo siempre á las leyes de la realidad. El peso de la erudición y el de las disquisiciones estéticas nunca pudieron marchitar en su alma esta flor del sentimiento poético, que despertaba, sobre todo, al contacto de la música y poesía populares, que él sabía distinguir, con admirable instinto, de todas las ficciones que intentan remedarlas. Alma de niño en cuerpo de gigante, espíritu verdaderamente primitivo y patriarcal, sólo de él podía nacer en una época literaria como la nuestra, tan próxima á la senectud, tan hastiada de todo goce puro, y tan viciada por todo lo falso y aparatoso, aquella épica gesta del *Pros Bernat* (lo único verdaderamente épico que hay en nuestra literatura moderna), y aquella suave y virginal elegía que intituló *La Complanta d' En Guillem*, y á este tenor otros rasgos suyos, llenos de sabia ingenuidad y de un aroma de belleza moral que deleita y embriaga el alma: obras en que la inspiración de los tiempos épicos aparece como depurada y realizada por un ideal estético más alto, y libre de las escorias é imperfecciones que á veces la desfiguran en la mina de donde fué sacada.

Las poesías castellanas de Milá son muchas menos en número, y también en importancia, que las catalanas, si se exceptúa algún bellísimo

romance. En su primera juventud fué *horaciano*, como grande admirador de Cabanyes. Ya en el primer tomo he insertado la traducción de *Sic te Diva*, que recogí de labios de mi amadísimo maestro, y que (fuera de algún verso duro) es la mejor y más ajustada al original que tenemos en castellano. Alguna vez me recitó también trozos muy bellos de dos odas horacianas que había compuesto en Cervera, allá por los años de 1834 y 35. Una de ellas, cuyo principio se me quedó en la memoria, era imitación del diálogo del marinero con el alma del pitagórico Arquitas (oda 28.<sup>a</sup> del libro 1), *Te maris et terrae, numeroque carentis arenae*:

«Yo el mar y las playas, la innúmera arena  
Medir ansioso tenté, padre mío...»

De estas sus primeras aficiones literarias siempre le quedó á Milá gran facilidad para hacer versos sueltos, y una afición grandísima á Horacio, cuyas odas (sobre todo las de los dos primeros libros) sabía casi de memoria. Después mudó de género y estilo, pero conservando siempre toda la sobriedad y precisión líricas características de Horacio, y que tanto se avenían con el conciso estilo, que Milá llevó hasta la exageración en su prosa. Á esta última época suya pertenece *La Sirena*, composición bellísima, en que con rasgos y colores no indignos de los libros sapienciales se describe la mayor enfer-

medad moral de la generación que precedió á la nuestra: el decaimiento de la voluntad, y aquel apacentarse de idealismos soberbios y egoistas y de vanas quimeras y alucinaciones: «*Occidunt desideria sua pigrum.*»

«¿Visteis una sirena,  
De triste, si dulcísima, mirada?  
Grato su nombre suena:  
Su aspecto turba, y á la vez agrada.  
Esquiva sus abrazos,  
¡Oh joven!, si la amastes; aún es hora:  
Rompe aprisa sus lazos,  
Que bella y ponzoñosa flor decora.  
Como huésped de un día,  
Visita á su amador, y le acompaña:  
Con sueños de alegría,  
Con un mentido porvenir le engaña.  
«Para grandezas eres,  
—Lisonjera al oído le murmura,—  
Desdeña los placeres  
Del humilde varón y su ventura.»  
Y en perezoso lecho  
De orgullo y de tristezas él se embriaga,  
Y mientras en su pecho  
La viva llama de virtud se apaga,  
Tesoro tras tesoro  
Arroja á la corriente de la vida,  
Y con imbécil lloro,  
Lamenta la riqueza sumergida.  
Fatal melancolía,  
Compañera en mal punto acariciada,  
¡Sé para el alma mía  
Cruz y no amor al fin de la jornada!»

No quiero separar del nombre de Milá y Fontanals el de Coll y Vehí, que siempre le veneró como maestro, y que á su vez lo fué de muchos, ya como profesor, ya como autor del más excelente tratado de Retórica que España posee en su lengua<sup>1</sup>. Sus poesías están sin coleccionar, y es un dolor, porque hay entre ellas verdaderas joyas, y pocos ó ninguno de los modernos se han acercado tanto como él á la pureza de Fr. Luis de León. Entre las sesenta y dos composiciones suyas que conozco, hay dos que no dudo en calificar de bellísimas: la elegía (en versos sueltos) á la muerte de Aribau, y la oda en liras *La Belleza ideal*, cifra y compendio de la teoría estética que profesó el autor en la madurez de su entendimiento. Á ella pertenecen estas rápidas, limpias y elegantes estrofas:

«¡Oh lumbre misteriosa,  
Al sentido mortal siempre velada!  
Por ti suspira ansiosa  
El alma desterrada  
De su primera celestial morada....  
Hija del pensamiento,  
La línea en torno á la materia gira,  
Y del alma el acento  
En la forma respira  
Como en las cuerdas de armoniosa lira.  
¡Oh, lumbre soberana,  
De la eterna Verdad fiel compañera,

<sup>1</sup> He dicho algo de lo que pienso de Coll y Vehí en el prólogo de sus *Diálogos literarios* (segunda ed.: Barcelona, 1882).

Del bien supremo hermana!  
¡Ay! ¡quién feliz pudiera  
Con sus alas volar á la alta esfera!....  
Ya que no puedan verte,  
Nunca cesen mis ojos de llorarte,  
Ni el alma de creerte,  
Ni el corazón de amarte,  
Ni el balbuciente labio de ensalzarte<sup>1</sup>.»

Toda la oda está escrita de esta manera. La elegía á la muerte de Aribau no es horaciana, sino medio bíblica y medio filosófica, é impregnada, en todo, de un profundo espíritu cristiano que templó el dolor y le hace más viril y severo y más fecundo para la perfección propia:

«Como ladrón nocturno vendrá el día  
De la ira tremenda. Ni los Ángeles  
Su nombre saben, que en la mente altísima  
Del Padre celestial yace escondido.  
¡Dichoso entonces quien, la blanca veste  
Empapada en la sangre del Cordero,  
Las suplicantes manos levantara  
Limpias de iniquidad! ¡Oh! ¡cómo en alto  
Grito de *bosanna* que las piedras mueve  
Prorrumpirá Jerusalén divina,  
Sus doce puertas de esmeralda abriendo!  
.....  
¡Oh quién pudiera, como tú, en los muros  
De la Ciudad de Dios la sien rendida  
Tranquilo reposar! Si hasta ti llegan  
Los penetrantes ayes de la tierra  
Y estas lágrimas ves, piedad te inspiren  
Los que á la umbrosa margen de los ríos

<sup>1</sup> *Revista Popular* (1877), núm. 318.

De Babilonia misera, odiada,  
Lloramos á Sión, la muda cítara  
En los sauces tristísimos colgando.  
.....»

No ha sido mi objeto en esta memoria catalogar todos los poetas castellanos más ó menos imitadores del espíritu ó de las formas del lírico latino. Paso, pues, en silencio á buen número de contemporáneos que no ofrecen bastante señalados los rasgos distintivos del grupo que hemos historiado, aunque se acerquen en la manera á nuestros poetas del siglo de oro. Por otra parte, como las tentativas de imitación horaciana hay que buscarlas hoy fuera de las sendas trilladas y de las corrientes generales de nuestra literatura, no será extraño que algunos líricos, quizá de mérito, hayan quedado olvidados en nuestra enumeración. Á ello contribuirá también la escasez, ó más bien la falta absoluta de antologías de poetas contemporáneos, á lo menos ricas y bien ordenadas, lo disperso de la producción literaria actual en periódicos, revistas y papeles volantes, y, por último, la ausencia de una bibliografía española del siglo XIX digna de este nombre, puesto que la de Hidalgo es un indigesto catálogo de librería.

Creo, sin embargo, que todavía pueden ser contados entre los poetas *relativamente* horacianos en algunas de sus composiciones, ya por

haber imitado á Fr. Luís de León, ya por ciertas condiciones exteriores de metro y lenguaje poético, el Sr. Cervino y el Sr. Arnao, y con más razón todavía D. Emilio Olloqui, que cultiva el mecanismo de los versos con una constancia y resolución casi heroicas é inverosímiles en estos tiempos, y que ya por sí solas exigen respeto. El Sr. Olloqui, lo mismo que Maury, á quien parece haberse propuesto por modelo, sabe demasiada prosodia y demasiado diccionario, y éste es su mérito y su defecto. En todas sus obras, pero especialmente en el prolongadísimo esfuerzo épico á que acaba de dar cima, y en los cantos épico-líricos que antes había compuesto, uno de los cuales, el de la batalla de Bailén, fué premiado por la Academia Española en 1850, hay versos robustos y bien hechos, y audacias de lenguaje, no todas censurables; pero este mismo amor del Sr. Olloqui á lo raro é insólito, á lo pomposo y archisonoro; este huir por sistema de todo lo que es ó parece vulgar, este exceso de artificio en la construcción de las estrofas, este lujo de variedad en el modo de cortar y cerrar los períodos poéticos, con mengua muchas veces de la claridad y de la armonía, este afán de henchir sus versos de afectados é intolerables latinismos, esta sintaxis tan pródiga de elipsis y cortada como á hachazos, le hacen muchas veces frío, obscuro y difícil de leer,

puesto que se convierte en fatigoso ejercicio de adivinación lo que debiera ser espiritual deleite. La musa del Sr. Olloqui es tan remontada, aristocrática y académica, que, por huir de lo vulgar, se pierde en un inextricable culteranismo. Por otra parte, en esta *manera* poética los elementos más exteriores de la forma adquieren una importancia tan exorbitante, y de tal modo anegan el sentimiento y la idea, que el arte viene á convertirse en un mecanismo de artesano, viéndose al descubierto todos los clavos, tornillos y engranajes de la máquina, con grave detrimento del placer estético, que sólo puede resultar de la contemplación de la obra perfecta y acabada, y no de la curiosa inspección de los instrumentos con que se hizo. No citaré ejemplos del poema *Los Godos*, donde este sistema está llevado hasta sus últimos límites, convirtiendo la obra toda en un bosque cien veces más impenetrable que *Esvero y Almedora*; pero hasta en las odas compuestas en líras, forma que por sí sola parece que convida y estimula á asimilarse algo de la limpia sencillez de Fr. Luís de León, no es caso infrecuente tropezar con estrofas como éstas, que, para ser bien entendidas, necesitarían que un Faría y Sousa ó un Salcedo Coronel les pusiese al pie los oportunos escolios:

« No porque de Saturno  
Diadema funeral ciña la frente,

Y el cálido Vulturno  
Agote la corriente  
Del sacro río, de la hermosa fuente,  
Se rinde á la enemiga  
Constelación humilde jardinero:  
Él nutrirá la espiga  
Con amoroso esmero:  
Él buscará el hondísimo minero. »

No escribían ciertamente así los clásicos cuyas huellas procura seguir el Sr. Olloqui, y es un dolor que estas alusiones recónditas y estos singulares rodeos para decir todas las cosas de una manera que ponga como en tormento á los profanos, oscurezcan los méritos positivos del señor Olloqui, basados sobre todo en un paciente estudio de la lengua y de la historia, y en un amor sin límites al arte. ¡ Lástima que degeneren muchas veces en amor *al oficio*, del cual el verdadero artista triunfa sin dejar ver las gotas de sudor que le costó la posesión y la victoria!

Finalmente, y para cerrar con algún nombre de casa esta enojosa enumeración, haré mérito del montañés Campo-Redondo <sup>1</sup>, autor de algunas odas horacianas desiguales pero no indignas de aprecio, en especial la dedicada á ensalzar á *los antiguos cántabros*. Véanse algunas estrofas de nuestro elegante, y, fuera de aquí, desconocido poeta:

<sup>1</sup> D. Calixto Fernández Campo-Redondo nació en 1815 y falleció en 1857.

« No pueblos extranjeros  
 Celebraría con sonoras voces:  
 No los Cimbrios guerreros,  
 No los Partos veloces,  
 Los Scitas, los Gétulos feroces....

.....  
 Así cabe el Tirreno  
 Mar os vieron las gentes italianas,  
 Cuando, guiados del Peno,  
 Desgarrasteis en Canas  
 Las vencedoras águilas romanas.  
 Del Trasimeno lago  
 Las ondas, las del Tebia y el Tesino  
 Recuerdan el estrago  
 Del reino de Lavino  
 Reteñidas con sangre del Latino.

.....  
 Al soberbio tirano  
 No le valieron víctimas ni ofertas  
 Para triunfar: en vano  
 Del Dios bifronte abiertas  
 Fueron las duras rechinantes puertas <sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Otro poeta montañés, D. Gumersindo Laverde, ha cultivado mucho la estrofa sáfico-adónica, pero acomodándola siempre á sentimientos románticos y lamartinianos (así *La luna y el lirio*, *Paz y misterio* y otras varias). El santanderino D. Casimiro Collado, á quien por su larga residencia en Méjico han supuesto algunos americano, tiene, entre sus notables poesías, cuyo mérito he procurado aquilatar en el prólogo que va al frente de la segunda edición de ellas (Madrid, 1880), una preciosa oda á su hija, en estilo y metro de Fr. Luis de León.

## XVI.

De los imitadores americanos de Horacio, di pocas y superficiales y no muy exactas noticias en la primera edición de este libro. Era forzoso rehacer toda esta parte, y para ello me he entregado al estudio más detenido y minucioso de los poetas líricos que, en número extraordinario, han producido aquellas regiones. Gracias á la buena amistad de excelentes literatos mejicanos, colombianos, ecuatorianos, chilenos, argentinos, etc., he llegado á ver reunidos en mi biblioteca cuantos elementos son necesarios para formar idea cabal de la producción literaria de aquellas repúblicas <sup>1</sup>. No abundan allí, como tampoco en la moderna literatura española, los imitadores de Horacio; pero el número está compensado con la calidad, habiendo algunos tan notables, que el omitirlos ahora, como casi todos lo estaban en la primera edición, hubiera sido una solemne injusticia y un agravio hecho

<sup>1</sup> En la imposibilidad de enumerar aquí á todos los eruditos americanos que me han favorecido con noticias, libros y documentos para este trabajo y otros análogos, debo hacer especial memoria de D. Miguel Antonio Caro y D. Rafael Pombo (de Colombia); de D. Pablo Herrera y D. J. León Mera (del Ecuador); de D. Pedro Paz Soldán (del Perú); de D. Miguel Luis Amunátegui (de Chile); de D. Calixto Oyuela (de Buenos-Aires), y de mi paisano Collado, por lo que toca á los libros y noticias de Méjico.

á la gloriosa lengua que unos y otros hablamos.

Para proceder con claridad y método, aquí, como en el capítulo de los traductores, procederé por orden geográfico, comenzando por la América Septentrional. Pero, ante todo, debo advertir que, no habiendo hecho muchos de los poetas americanos colección especial de sus versos, hay que buscarlos esparcidos en revistas y periódicos ó en las varias antologías, ya generales, como las dos ó tres *Américas Poéticas*, ya especiales de cada país, como las *Liras y Parnasos* mejicanos, centro-americanos, cubanos, venezolanos, colombianos, ecuatorianos, peruanos, bolivianos, chilenos, argentinos y uruguayos, los cuales, reunidos, forman una tan enorme masa de versos líricos, que quizá no pueda encontrarse otra mayor producida en ninguna lengua en tan corto plazo como el de sesenta ó setenta años, que no se remonta mucho más allá la que alcanza más de estas colecciones. Si á todo esto se agregan las colecciones particulares de muchos poetas, algunos de ellos prolíficos en grado extraordinario, se formará aproximada idea del fárrago en que el investigador tiene que sepultarse, tomando antes una porción de precauciones. La mayor parte de estas antologías están hechas sin ningún plan ni criterio, siendo más bien grandes almacenes de versos que colecciones propiamente dichas á

las cuales haya presidido algún pensamiento de discernir el trigo de la paja. Por otra parte, nada hay tan raro en el mundo como el sentimiento lírico, y causaría verdadera maravilla que, aun siendo tan poderosa y tan exuberante la fantasía de nuestra raza, encendida además por el sol de los trópicos, hubiera producido en un lapso de tiempo relativamente tan exiguo, una riqueza positiva que correspondiera á la abundancia del papel puesto en circulación. La mejor, por no decir la única buena de las grandes antologías americanas, la primitiva y ya muy rara *América Poética* que, ordenada por D. Juan María Gutiérrez, se imprimió en Valparaíso en 1846, contiene ya 53 autores, 455 composiciones y más de 54,000 versos, y eso que apenas incluye ningún poeta anterior á la separación de la metrópoli. Bien sabía Gutiérrez que no eran obras maestras todas las que en su voluminoso tomo coleccionaba; pero, así y todo, las creía, con razón, dignas de conservarse como objeto de curiosidad histórica y como primeros vagidos de la musa americana. Lo que él ejecutó de una manera inteligente (imitándole muy pocos, entre los cuales puede mencionarse á Rojas, colector de la *Biblioteca de escritores venezolanos*, y á Ortiz, que mucho antes lo fué del *Parnaso neogranadino*), lo repitieron otros sin gusto ni talento, acumulando cuanta broza encontraron á



mano, en mamotretos enormes y tan faltos de racional sentido como la segunda *América Poética* que D. José Domingo Cortés publicó en París, la cual es un verdadero monumento de incorrección, desorden y mal gusto, contrastando el lujo de la edición con las más groseras é intolerables erratas. Entre tanto que una colección más racional viene á remediar los vicios de las antiguas, nos valdremos de ellas, no más que para lo puramente preciso, es decir, para lo que no está impreso en otra parte.

## MÉJICO.

Aquí sí que tendríamos que dar antigüedad á la oda moral horaciana, y aun remontarnos á tiempos anteriores á la conquista, y al dominio de la lengua castellana, si creyéramos una palabra de todo lo que se dice de las famosas elegías del emperador de Tezcucó, Netzahualcoyotl, las cuales se suponen traducidas por don Fernando de Alba Ixtlilxochitl y conservadas por el muy sospechoso Boturini. Pero, francamente, eso de no encontrarse el texto original, puesto que el publicado por Ternaux Compans en dialecto otomí está reconocido por apócrifo y abunda en palabras castellanas torpemente mezcladas con las indígenas; la ausencia de todo color americano en las tales elegías, y, por el con-

trario, la abundancia de lugares comunes de moral y de filosofía, de todo punto inverosímiles en la poesía de un pueblo primitivo, y, últimamente, las reminiscencias claras y notorias de la Biblia, de los Santos Padres, de los poetas latinos y de nuestro Jorge Manrique, ponen estas poesías aztecas al mismo nivel de autenticidad, poco más ó menos, que los famosos cantos vascongados de Lelo y de Altabiscar. En suma: yo creo que estos versos, donde no deja de sentirse como un eco lejano del *Eheu fugaces*, del *Carpe diem*, etc., deben de ser un ejercicio literario, una inocente broma del mismo Ixtlilxochitl, ó más bien de algún misionero español del siglo xvi, dominado, como otros muchos, por el afán de conceder prodigiosa antigüedad y cultura á las civilizaciones indígenas.

Omitiendo á Alarcón, á Sor Juana Inés de la Cruz, á Ruíz de León y á otros poetas de los siglos xvii y xviii, los cuales más bien pertenecen á la historia general de nuestra literatura que á la particular de Méjico, ya que no muestran entre sí vínculo alguno de imitación ni de semejanza, podemos buscar los orígenes de la moderna poesía de Nueva España, en la llamada *Arcadia Mejicana*, de la cual fué *mayoral* (según el estilo pastoril de entonces) el franciscano fray José Manuel Martínez de Navarrete, cuyos versos comenzaron á publicarse en el *Diario de Mé-*

jico en 1805, siendo luego reunidos en dos volúmenes con el título de *Entretenimientos poéticos*<sup>1</sup>. El P. Navarrete (fallecido en 1809) pagó largo tributo al prosaismo de la escuela de Iriarte, si bien en las anacreónticas y en las letrillas se muestra imitador, no del todo infeliz, de Fr. Diego González, de Iglesias, de Meléndez y de otros poetas de la escuela de Salamanca. Es hipérbole absurda de Gutiérrez (cegado aquí, como en otras cosas, por su americanismo excesivo é intolerante) decir del P. Navarrete que *rivaliza con el autor de la «Noche Serena» en elevación y candor*. El que le ponga un poco más abajo de Fr. Diego González (sin mentar para nada el gran nombre de Fr. Luís de León), ese estará en lo justo. De todos modos, y á vueltas de la insipidez bucólica inherente á la mayor parte de sus argumentos, y del prosaismo que por todos ellos tiende su manto de hielo, hay en el P. Navarrete lengua sana, y cierta fluidez simpática, cuando no degenera en empalagosa.

La guerra de la independencia mejicana suscitó el estro de Joaquín del Castillo y Lanzas<sup>2</sup>, que en el género heroico quintanesco, al cual pertenece su oda *Á la victoria de Tamaulipas*, viene á ser un imitador de Olmedo, con muy inferior estro. Sus odas en liras valen todavía menos.

<sup>1</sup> La mejor edición es la de París, 1835.

<sup>2</sup> Sus poesías se imprimieron en Filadelfia en 1832.

Por el mismo tiempo floreció Francisco María Sánchez de Tagle, traductor de Juan Bautista Rousseau, y poeta desmayado mucho más que su modelo. Tampoco merece grandes elogios Andrés Quintana Róo, pero él y Sánchez Tagle y algún otro tuvieron el mérito de mantener en Méjico cierto buen gusto y cierta tradición clásica empobrecida, preparando así el advenimiento de los verdaderos poetas, Carpio y Pesado.

Cuando ellos aparecieron, la literatura mejicana oscilaba entre el prosaismo de los ingenios ya citados y de otros todavía más oscuros, herederos todos de la peor y más lánguida escuela española del siglo XVIII, y los primeros conatos del romanticismo, enteramente absurdo en América, país nuevo y sin tradiciones de la Edad Media, únicas que en Europa daban vida á aquella especie de movimiento reaccionario. Así es que el romanticismo mejicano, venezolano ó cubano, sólo pudo traducirse en desenfreno gramatical é insurrección contra las leyes de la prosodia y de la lógica, ó en imitaciones serviles de Zorrilla y de Espronceda, las cuales contrastaban de una manera extrañísima con el clima y las costumbres en que se habían criado sus autores. Tal es el carácter de los versos y dramas románticos del mejicano Fernando Calderón, como de los del venezolano Maitín y aun del

cubano Jacinto Milanés, que valía más que todos ellos, y que en alguna ocasión llegó á remedar la ternura y sencillez de Lope de Vega.

La estancia en Méjico de Heredia, mayor poeta que ninguno de los citados, pero poeta estrictamente clásico (al modo que esta palabra se entendía en España á fines del siglo pasado, en el tiempo y en la escuela de Cienfuegos y de Quintana), contribuyó á retrasar la invasión romántica, que nunca llegó á entronizarse en Méjico, por la razón capital antedicha, y además por la medianía de la mayor parte de los ingenios que adoptaron aquel modo de escribir, tales como el mismo Calderón, Lafragua y otros.

En tales circunstancias, la aparición de Pesado y de Carpio tuvo, además del valor absoluto de ambos poetas, notables entre los mejores que ha producido América, un valor histórico y relativo todavía mayor. «Al ejemplo de ambos (escribe D. José Bernardo Couto, biógrafo de Carpio) deben las letras el renacimiento de la poesía en Méjico; la sociedad y la religión les deben el que sus hermosos versos hayan servido de vehículo para que se propaguen pensamientos elevados y afectos nobles.» En efecto: la influencia de ambos poetas fué social y religiosa, al mismo tiempo que literaria. Profundamente cristianos uno y otro, dedicaron la mejor parte de sus tareas al enaltecimiento de la fe que pro-

fesaban, y á hacerla llegar viva y ardiente al ánimo de sus lectores. En la forma, eran poetas clásicos; en el fondo, poetas bíblicos. Y su clasicismo tampoco era ya el de nuestro siglo XVIII, ni tenía aquel género de grandeza oratoria que admiramos en Quintana, en Gallego ó en Olmedo, sino que se acercaba más, sobre todo el de Pesado (puesto que Carpio hizo algunas concesiones á la escuela romántica, y se manifestó siempre más brillante y menos sobrio), al clasicismo italiano y español del siglo XVI, especialmente al de Fr. Luís de León, el cual tuvo en Pesado un imitador ferviente y dichoso del tono de sus versiones y paráfrasis de salmos. El servicio eminente que prestaron á la lengua y á la versificación castellana estos dos peregrinos ingenios, sólo se aprecia en su justo valor cotejando el esmero y atildamiento de sus versos con la incorrección, el abandono prosaico y el desaliño de la mayor parte de los que se habían compuesto en Méjico durante la primera mitad del siglo. Sabemos por el Sr. Roa Bárcena, en su copiosa biografía de Pesado, que el valor prosódico de las sílabas era casi desconocido hasta que empezaron á circular algunos ejemplares de las *Lecciones de Ortología* de Sicilia, y que, con todo eso, los enemigos de la buena pronunciación y armonía castellana no quisieron darse por vencidos hasta que D. Alberto

Lista, consultado solemnemente por Quintana Róo y otros, dió su fallo contra las maneras viciosas de acentuación que venían introduciéndose en el castellano de Méjico y contra las inauditas licencias que se tomaban sus poetas. Nada de esto, ó muy poco, se observa ya en los versos de Carpio y Pesado, donde los descuidos que hay suelen ser de otro género, y de aquellos que nunca esquivaron nuestros poetas clásicos; v. gr.: el uso inmoderado de asonancias revueltas con versos sueltos ó consonantados, y ciertas sinéresis ásperas y violentas. Todavía en la primera colección de Pesado se notan con desagrado, por lo mismo que tanto contrastan con la armonía general, tres ó cuatro versos mal medidos por efecto de viciosa pronunciación regional; pero estas incorrecciones ó descuidos se van haciendo cada día menos frecuentes, hasta desaparecer del todo en las producciones de la madurez de su talento, en sus hermosas traducciones bíblicas (especialmente la del *Cantar de los Cantares*, hecha en forma dramática y en gran variedad de metros, y las de los Salmos L y LXVII), en los magníficos tercetos dantescos de la visión del profeta con que termina el bello poema de *Jerusalén*, y en las enérgicas octavas del poema de *La Revelación*, que desgraciadamente dejó sin concluir, y que reflejan también la continua lectura de la gran epopeya simbólica y cristiana de los

siglos medios. La Biblia, Dante, Fr. Luís de León, fueron siempre los modelos predilectos de Pesado, y á este constante estudio debe sus mayores bellezas.

Pero su ingenio ameno y flexible, hábil imitador de todo lo bello, pagó en una ú otra ocasión tributo á los modelos más diversos, y así le vemos traducir y parafrasear á Lamartine, al Tasso y á Manzoni, lo mismo que á Horacio ó á Sinesio de Cirene; explotar la rica mina de la literatura italiana, hasta en poetas oscuros y desconocidos; describir con fácil y risueño pincel sitios de Orizaba y Córdoba, ó escenas del campo y de la aldea, é intentar la creación de una poesía indígena, traduciendo y glosando con gracia cantares aztecas de más ó menos sospechosa antigüedad<sup>1</sup>.

Las poesías amorosas de Pesado son bastante inferiores en mérito á las sagradas y á las descriptivas; pero algunas de ellas, mayormente la tan popular en Méjico *Á mi amada en la misa del alba* (algo larga y compuesta en variedad de

<sup>1</sup> Tengo á la vista las dos ediciones de los versos de Pesado (1839 y 1865); pero ya he advertido en el primer tomo que, con ser esta última tan copiosa, todavía es muy incompleta, faltándole cabalmente algunas de las más bellas inspiraciones del poeta. De la *Revelación* no contiene más que hasta el fin del canto del infierno, y se echan de menos los del limbo y el purgatorio, que deben de ser todavía superiores, á juzgar por lo que de ellos dice el Sr. Roa Bárcena. Podría formarse otro tomo no inferior en mérito con las poesías omitidas.

metros, al modo romántico), tienen un singular hechizo de candor y ternura, á pesar de la difusión y languidez en que suelen caer, muy distantes en esto, como en todo, del enérgico y preciso decir que caracteriza á las poesías bíblicas. Totalmente horaciana, apenas tiene composición ninguna, fuera de las traducciones; pero pueden citarse varias odas (no de las más felices), que contienen reminiscencias directas. Así, la oda *A una niña mal casada*:

«No así, recién casada, el rostro esquivo  
Presentes desdeñosa....»

la del *Amor malogrado*, que recuerda de un modo más positivo el

«Urit me Glyceræ nitor,  
Splendentis Pario marmore parius:  
Urit grata protervitas,  
Et vultus nimium lubricus aspici.»  
.....  
«Me arrobaba tu célico semblante,  
Tu frente tersa y lisa,  
El brillo de tus ojos rutilante,  
Tu dulce voz y tu amorosa risa.»

Así también la oda *A Silvia*:

«Debajo de ese plátano que mece  
Sus hojas en el aire blandamente....»

Pesado cultivó mucho el *asclepiadeo* moratiano: no sólo hizo en esta forma una traducción verdaderamente insuperable de la oda primera de Horacio, sino que la empleó además en

uno de los Salmos que puso en lengua castellana (el xxviii).

«Al Rey supremo servid, ¡oh Reyes!;  
En sus altares poned las víctimas,  
.....  
Su voz del Líbano los cedros quiebra,  
Altos abetos descuaja, y saltan  
Como cabritos que sueltos triscan.  
Cual becerrillo medroso y tímido  
Retiembla el Líbano, el Hérmon calla.  
Voz es la suya que entre tinieblas  
Estalla, y lanza fuego y relámpagos,  
Voz que el desierto de Kádes mueve,  
Los montes hiende, las seivas altas  
.....»

Estos versos se resisten un poco más que los de Moratín á la burlesca receta de D. Juan Nicasio Gallego, y no menos los siguientes, que tomo de una composición original de Pesado:

«Por ti, mi Silvia, sus verdes pámpanos  
La tierna hiedra lozana extiende,  
Y el cedro erguido con pompa ofrece  
Sombra apacible donde descanses.  
Por ti la fuente templada y límpida  
Que, reflejando del sol las luces,  
Por entre guijas y césped diáfana,  
Une sus ondas al sacro río....»

Hizo Pesado muchas tiradas de versos sueltos, en general desiguales y largas con exceso, aplicándolas con especial ahinco á meditaciones filosóficas y morales, como las tituladas *El Hombre*, *El Sepulcro* y *La Inmortalidad*, ya de suyo